

—¡Hermano mio! ¡mi muy querido hermano Ivan! decía llorando.

Salieron cuatro lacayos del palacio. Cogieron al desgraciado Platon, y á pesar de su resistencia lo metieron en una silla de postas que otros dos criados habian corrido á preparar.

Platon perdía la cabeza; estaba seguro de haber oído la voz de su hermano, y éste le arrojaba así.

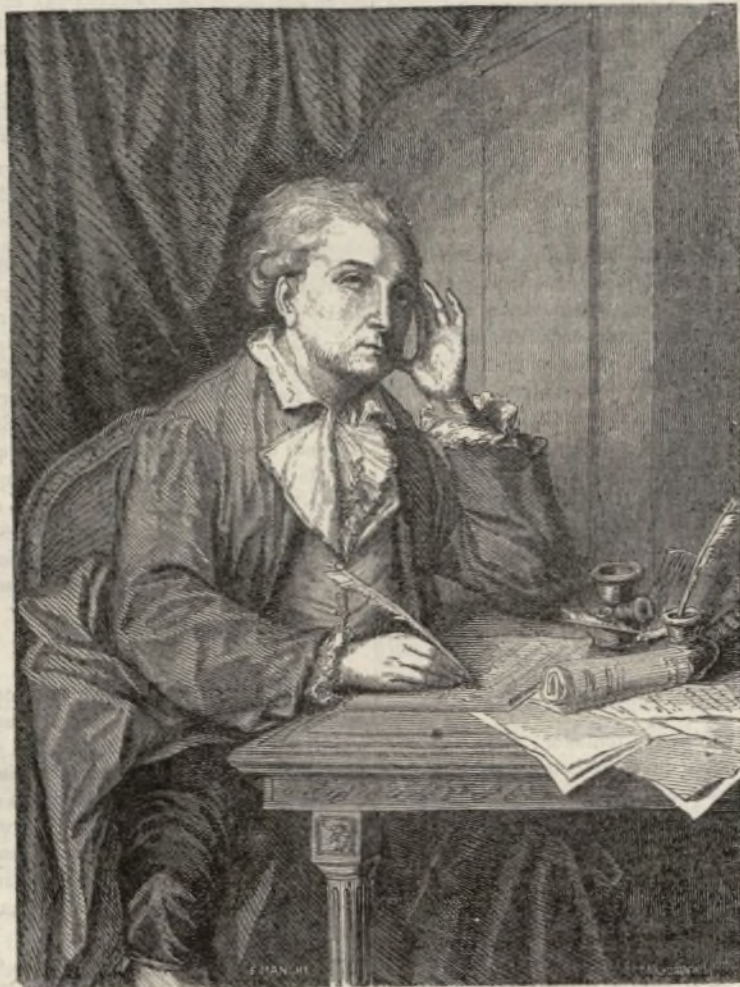
El galope de cuatro magníficos caballos hacia volar con rapidez la silla. Habian desaparecido ya en lontananza las

le hablaba así reconoció con indecible sorpresa al hombre que dando las órdenes á los lacayos habia dirigido su espulsión. Le habia oído llamar el coronel Spranskoi.

—Tal vez, continuó éste, su excelencia deseará mudarse antes un vestido mas decente. Este disfraz...

El coronel se interrumpió con embarazo; Platon echó una ojeada sobre sus harapos; permaneció un momento indeciso, y despues su pálido rostro se cubió de rubor y de indignación.

—Vasallo, dijo, le dirás á tu amo el noble Escumowski



Rasoumowski instruyéndose en Paris.

luces de San Petersburgo. Platon, rebido de fatiga, de dolor y de necesidad, se durmió en el fondo del carruaje. Cuando volvió en sí, hallábase en un cuarto estrecho y bajo de techo; una tronera de un pie cuadrado le dejaba ver el cielo.

—Oh, hermano mio! exclamó, recobrando sus recuerdos. La cautividad me será menos cruel que tu olvido.

—Dígnese escucharle su excelencia, dijo á su lado una voz obsequiosa. ¿No tiene apetito su excelencia?

Platon abrió unos ojos tan grandes. En el individuo que

que Platon Alexis en el fondo de su calabozo tiene vergüenza de llamarle hermano.

—¡Un calabozo! repitió el otro con todas las señales de una profunda admiración...

—Pocos insultos y burlas, exclamó levantándose Platon, tú has hecho tu oficio, márchate.

Spranskoi no añadió ni una palabra; salió andando hacia atrás, confundiéndole en graciosas sonrisas y saluciones.

Solo ya Platon quedó sumido en una sombra y melan-



cólica meditacion. Hacia minutos que notaba con sorpresa que su calabozo se movia insensiblemente; inmediatamente formó la idea de un asesinato por explosion; sin duda practicaban una mina debajo de su cuarto; prometiéndose morir sin debilidad. Los cuatro lacayos se presentaron en aquel momento; llevaban una mesa servida de manjares y de vinos. Despues de haber hecho los cuatro un profundo saludo, dispusieron los platos, y el principal de entre ellos, haciendo de nuevo una profunda inclinacion hacia la tierra, dijo:

—El coronel pregunta si su esclencia le permitirá asistir á su comida.

Exalaban los platos un delicioso olor; echó Platon sobre la mesa servida con vagilla de oro una mirada de concupiscencia.

—Sepamos morir, se dijo, quieren emponzoñarme.

Respondió á la pregunta del lacayo con un signo afirmativo de cabeza, y púsose á comer con todo el ardor y las ganas que puede dar un ayuno de dos días.

En San Petersburgo, Ivan Rasoumowski continuaba haciendo los honores de su funcion con una perfecta calma. Daba un gran baile aquella noche; Isabel misma habia honrado con su graciosa presencia la casa de su favorito. Era ella la que para hablar algunos instantes á solas con Ivan le habia llevado al balcón: Ivan habia reconocido inmediatamente á su hermano. El favorito no era un hombre malo; se habia manifestado, como tantos otros, olvidadizo en la prosperidad; pero la vista del ausente le conmovió el corazón. Representáronsele de repente y con viveza las escenas de su infancia, la tierna amistad que le unia en otro tiempo á Platon; se arrepintió, empero al mismo tiempo asaltóle un temor, temor terrible para un gran personaje de nueva fecha. Platon llegaba sin duda con su vestido de Ucrania; traia el grosero lenguaje del campo, las maneras de un cantor ambulante. ¿Su presencia no iba á ser un inmenso embarazo para el favorito de la soberana? Un siniestro pensamiento atravesó por su imaginacion.

—¡Las casamatas! se dijo. Un hombre vive y muere en ellas en silencio...

El expediente era decisivo y tentador, singularmente para un advenedizo á punto de verse humillado. Hay que agradecerle que lo rechazase. Dejando á la czarina admirada de este repentino abandono, precipitose al través de los salones, y llamó al coronel Spranskoi, su *fac-totum*.

—Encontrareis un hombre en las escaleras de la puerta, le dijo, os apoderareis de él y lo llevareis á Narva, desde donde hareis salir un bergantin inmediatamente, inmediatamente ¿lo entendeis? Os embarcareis con ese hombre y lo llevareis á Francia; en el puerto le entregareis este billete.

El principe trazó rápidamente con lápiz algunas lineas.

—Tratadle con el respeto que tendríais por mi propia persona, continuó; ese hombre está loco, pero se llama Platon, conde de Rasoumowski; es mi hermano, marchad.

Sabemos al presente que el calabozo de Platon no era otra cosa que el camarote de un bergantin de guerra ruso. Ivan era almirante, y con su orden el buque hubiera aparejado, caso de necesidad, contra viento y marea.

No tardó Platon mismo en reconocer su equivocacion. Despues de comer, su pretendido carcelero, el coronel, le propuso un paseo sobre el puente. El cantor no se hizo de

rogar esta vez. Púsose los ricos vestidos que le presentaban y subió sobre cubierta. A su aproximacion, marineros, soldados y oficiales, todos le abrian paso respetuosamente.

—¿Tengo yo peste?... murmuró Platon con melancolia. ¡Ay! demasiado lo veo; estos hombres tienen compasion de mi suerte; van á arrojarne sin duda á alguna costa inhabitada. ¡Oh hermano mio! Dios te perdonet...

En tanto que duró la travesia, el desgraciado Platon lleno de honores y comodidades, pasaba ansias mortales y continuas. Recordábase, gimiendo, la prediccion del anciano paisano de Kharcow, y echaba amargamente de menos su propia cabaña y su pandereta; la crueldad de su hermano le habia trastornado. Cualquier suceso, por ordinario ó agradable que fuese, recibia en su acalorado cerebro una lúgubre interpretacion.

El bergantin tocó al fin en un puerto francés. Spranskoi entró en la cámara, y le preguntó si gustaba su esclencia desembarcar.

—¡Ea! ¿dónde estamos? dijo Platon.

—En Dunkerke.

—¿Dunkerke? ¿Dónde está eso?

—Su esclencia se burla, dijo el coronel con una reverente sonrisa, tiene derecho, y mi deber es responderle. Dunkerke pertenece á S. M. el rey de Francia.

—Adios, pues, patria! exclamó Platon con desgarradora voz. Señor, haced de mí lo que gusteis; estoy dispuesto.

En fin, Spranskoi se quitó el sombrero, sacó de su cartera un papel y lo entregó á Platon. Este último deletreaba bastante corrientemente, y leyó lo que sigue:

«Hermano mio, te doy gracias de que te hayas adelantado á la realizacion del mas ardiente deseo de mi corazón. Corre á Francia, y el embajador de S. M. I. te llevará á la corte. Cuando vuelvas, hermano mio, te explicaré las razones de este retardo; esta vez no nos separaremos ya.»

IVAN.

Platon, despues de haber leído con trabajo esta carta, estuvo á punto de volverse loco de alegría. Púsose á bailar á la redonda como tenia costumbre de hacerlo en otros tiempos en las plazas públicas. Cantaba con entusiasmo su cancion de Ucrania, y daba golpes en el aire creyendo tener en su mano la pandereta. El coronel hacia increíbles esfuerzos por calmarle. Cuando se cansó Platon se apoderó de su carcelero, á quien abrazó tiernamente.

—¿Tiene alguna cosa que mandar su esclencia? le preguntó éste.

—Sois un valiente y digno hombre, exclamó Platon. Decid á Ivan que estoy contento de él, y prestadme algunas monedas á fin de que vaya á París.

Subióse en una silla de postas escoltada por dos lacayos, y al despedirse el coronel le entregó una fuerte cantidad de oro. En París, Platon vió la corte, y tuvo en ella un gran boato. Su simplicidad agradaba mucho á los espiritus fuertes de aquel tiempo. Voltaire le dió el sobrenombre de Cándido, y Mr. La Harpe le vendió al contado una multitud de ditirambos. Tomó ademas con una maravillosa facilidad los aires y modales de un gran señor, y es preciso reconocer que estos Alexis eran de la pasta de que se hacen los cortesanos. Al cabo de ocho ó diez meses volvió el coronel, Ivan se habia determinado á confiarle su se-



creto; el coronel llevaba la misión de decidir por sí mismo, si el cantor era digno de figurar sin peligro en la corte moscovita. El examen fué ventajoso á Platon, y al punto se tomaron todas las medidas y se emprendió la vuelta á Rusia.

Como debe pensarse, el reconocimiento de los dos hermanos fué sumamente interesante. La emperatriz por su parte acogió al conde con una inaudita distinción: en seis meses recibió tres grandes cruces, y el grado de feld-mariscal. Todas estas grandezas no alteraron la bondad de su natural. Conservaba en un cofre sus vestidos de aldeano, y los enseñaba á los que querían verlos. Se citan de él rasgos de generosidad que hacen olvidar la rapidez de su elevación. Con tales advenedizos, el sarcasmo es imposible. Algun tiempo después del nombramiento de Platon para el grado de feld-mariscal, Isabel le envió á Prusia con una misión diplomática. Federico II, implacable burlon, sabiendo la historia de los Rasoumowski, afectó no hablar mas que de música con él durante el primer día; alabó el aire popular de las canciones de la Ucrania, y llegó hasta suplicar al embajador de S. M. I. que cantase alguna. El conde se inclinó respetuosamente, y no dió otra respuesta. Al día siguiente, al contrario, el gran Federico llamó al ruso al rayar el alba; le hizo pasar muchas revistas, y durante todo el día le interrogó sobre maniobras militares difíciles y complicadas, que eran muy del gusto de Federico. El conde meneando la cabeza, é inclinándose respetuosamente, no respondió nada.

—Por Dios, señor conde, exclamó el gran Federico, ¿no sabremos vuestros sentimientos?

—Señor, dijo Platon con cierto aire de sencillez, suplico á V. M. que me dispense; he olvidado la música, pero no he aprendido lo bastante el oficio de la guerra.

Ivan murió sin herederos varones. De su union con Isabel habia nacido una hija, la hermosa y desgraciada Tarakanow, á quien hizo matar Catalina II.

El verdadero tronco de la familia de los Rasoumowski fué el buen Platon Alexis. Tuvo cinco hijos de su matrimonio con una Tolstoy, todos los cinco se hicieron notables; los dos mas conocidos son Andrés, el hijo mayor, y Gregorio, literato y naturalista muy estimado en Rusia. Andrés fué el amigo íntimo del emperador Pablo I. Acusándole algunos historiadores de haber emponzoñado á este principe con ópio, en tiempo en que Catalina II vivia aun; pero nada prueba que tenga el menor fundamento esta imputación.

Los Rasoumowski continuaron siendo muy grandes señores. Andrés se estableció mas tarde en Viena, en donde ha representado un papel político importante el año 1811 y siguiente. Al advenimiento al trono del emperador Nicolás I de Rusia que acaba de morir, el brillo de esta familia se hallaba notablemente oscurecido. Uno de estos descendientes es hoy general de las tropas de emperador Alejandro II.

## LA CUESTION DE ORIENTE.

### VIII.

Sensación de la derrota de los aliados delante de la torre Malakoff.—Cambio de sistema de guerra.—Salidas rechazadas de los rusos en las noches del 15 y 24 de julio.—Muerte del lord Raglan, general en jefe del ejército inglés.—Honores tributados á su memoria en Inglaterra y en España.—Sus funerales en Crimea.—Operaciones militares en el mar de Azoff y en Asia.—Medidas adoptadas en Francia para activar la guerra.—Nuevo alistamiento.—Empréstito.—Rapidez y entusiasmo con que se llena.—Grave descontento producido en Inglaterra.—Demostraciones contra la aristocracia por la legislación del domingo.—Debilidad de las cámaras y del ministerio.—Dimisión del lord John Russell.—Inmovilidad definitiva del Austria en la cuestión de Oriente.

La derrota del ejército aliado delante de la torre Malakoff, el 18 de junio, transmitida con la rapidez con que hoy todo se divulga, y que pinta nuestra época, causó una gran consternación en Francia y en Inglaterra, y un movimiento de asombro en toda la Europa, condenada á vivir en medio de crisis y complicaciones siempre nuevas. En vano el general en jefe francés, Pelissier, para paliar su derrota, ha buscado un motivo en la falta de uniformidad de acción que ha paralizado su ataque. Una división, según su parte, empuñó la acción antes de haber él dado la señal, y su jefe el general Mayram caía mortalmente herido desde los primeros momentos. Otra división inglesa no habia terminado sus preparativos de combate, mientras que los soldados franceses trepaban para plantar su bandera en la torre de Malakoff, donde no podían mas que morir heroicamente faltos del apoyo que debía asegurar su empresa.

Después de la acción del 18 se hizo un armisticio dos días para recoger los muertos y los heridos que entre los cadáveres habian quedado al pie de la torre de Malakoff. ¡Triste espectáculo que desgarraba el corazón de los soldados, al ver tendidos en el campo tantos millares de sus compañeros, al ver que no habia hospitales ni tiendas bastantes para contener el número de heridos!

Desde entonces el general francés tuvo que cambiar de plan, y emprender nuevos trabajos para estrechar de mas cerca la obra de los rusos. Estos, contando con los enormes medios de defensa que tienen, reparan continuamente los estragos ocasionados por los ejércitos aliados, haciendo continuas salidas, en que aunque rechazados siempre, destruyen algunas obras. Los adelantos del ejército aliado son comparables á los de la serpiente que trepa cada día cinco pies para descender cuatro cada noche. Los aliados avanzan poco á poco, y la naturaleza de los trabajos rusos, puestos á prueba por medio del asalto, ha hecho ver á los generales aliados la necesidad de seguir una línea de operaciones menos brillante, pero tambien menos espuesta á la resistencia del enemigo. El tiempo, que con su inflexible curso, disipando ilusiones, da razón al que la tiene, ha hecho ver con una dolorosa experiencia para la Francia y la Inglaterra, lo acertado del sistema del prudente y modesto general Canrobert! El sitio se prolongará regularmente hasta el año que viene. Hasta que pueda atacarse la plaza, ha de ser lento el progreso del sitio, porque nada



valen contra las reglas inflexibles del arte, la impaciencia de los hombres, el ánsia de adquirir celebridad á costa de torrentes de sangre. ¡No puede la Europa recibir todos los días noticias de hechos positivos contra Sebastopol!

Así es que después del desastre del 18 de junio, los aliados se han limitado á bombardear ligeramente la plaza, y á la construcción de nuevos aproches. Los rusos procuraron paralizar los adelantos de estas obras en la noche del 13 de julio, hicieron una salida desde la torre de Malakoff para apoderarse de los aproches, haciendo retroceder á los franceses; fueron rechazados por el general de trinchera Vinói. Tres veces se lanzaron los rusos á la trinchera, pero después de haber destruido una batería tuvieron que replegarse, dejando nueve muertos en el campo y ocasionando á los aliados siete muertos y once heridos. En la noche del 24 han hecho también los rusos otra salida en que han sido rechazados con ligera pérdida por ambas partes. Estas salidas insignificantes, episodio ordinario de todo sitio, son parte del sistema que se han propuesto los rusos, y solo tienen alguna importancia por la curiosidad excitada en la Europa, por la facilidad de las comunicaciones por los alambres eléctricos, y la necesidad de saber todos los días algo de Sebastopol.

A la consternación que ocasionó la derrota del 18 de junio en el campo de los aliados, vino á aumentarse la consternación que causaba el terrible azote del cólera, haciendo nuevas y diarias víctimas. Soldados, oficiales y generales caían diariamente bajo su implacable segur! El general en jefe del ejército inglés, lord Raglan, muere herido del cólera, como el mariscal Saint-Arnaud, antiguo general en jefe del ejército francés, y muere también como él, sin ver el fin de la campaña de Crimea que ambos habían inaugurado. Solamente hay una diferencia, que el general en jefe francés moría á la mañana siguiente de una victoria, el general en jefe inglés ha muerto á la mañana siguiente de una derrota. El general Simpson ha reemplazado á lord Raglan á la cabeza del ejército inglés, y bajo sus órdenes se preparan las nuevas operaciones para emprender de nuevo en mas favorables condiciones el ataque desgraciado del 18 de junio.

Lord Raglan tenía sesenta y siete años. Medio siglo había vivido en los campos de batalla; discípulo de Wellington en la guerra, á su lado había combatido en España en la gloriosa lucha de la Independencia; á su lado se había hallado en la batalla de Waterloo. No era un gran capitán, pero sí un soldado valiente y un fiel servidor de su patria. Ante su tumba calló el partido que le acusaba de impericia en Londres, y todos los partidos se han reunido para honrar su muerte.

«¡La mano que debía recibir recompensas, ha dicho lord Palmerston, está hoy fría y yerta en el sepulcro!» A su propuesta el parlamento inglés ha recompensado magníficamente los servicios del lord Raglan, votando una pensión de veinte y cinco mil francos á su viuda, y otra de cincuenta mil francos á su hijo, trasmisible á los herederos de este.

Las Cortes constituyentes de España, al saber la muerte de lord Raglan, del hombre que en su juventud, siendo lord Fitz Roy Somerset, había peleado en España por su independencia, y mas tarde había venido á Madrid cerca del gobierno constitucional español, como enviado de la Inglaterra para aconsejar la modificación de la constitución

en 1825, y evitar así que la Santa Alianza derrocara el sistema constitucional, han votado por unanimidad una manifestación de dolor y sentimiento por la muerte del noble general del ejército inglés en la Crimea.

El cadáver del ilustre Raglan fué conducido al navío *Caradoc* para ser trasladado á Londres, recibiendo de los ejércitos aliados los últimos y funebres honores. Los ejércitos de Francia, Turquía y el Piemonte formaban la carrera hasta el punto del embarque. Brillante, magestuosa, mas que régia era la pompa funeral, porque difícilmente se reunirán los ejércitos de cuatro naciones para el entierro de un rey. El ejército inglés seguía triste y con paso lento el ataud que encerraba el cadáver de su general en jefe, que cubierto de un paño mortuario con franjas de seda blanca y con la bandera inglesa, iba adornado con el sombrero, el uniforme y la espada del difunto mariscal, y con una corona de siemprevivas que puso encima el general Pellissier, colocado aquel sobre una cureña y cañon que arrastraban dos caballos de la artillería real.

Paralizada casi la guerra en la Crimea después del desastre del 18 de junio los aliados, han proseguido sus conquistas en las posesiones del mar de Azoff. Después de la toma de Kertch y Yene-Kale, los rusos han evacuado á Anapa y Nouorossusk, retirando sus guarniciones, clavando las piezas de artillería y volando sus fortificaciones. Estos puntos fueron ocupados por la expedición francesa.

En Asia, donde desde el principio los turcos y los rusos han llevado con poco vigor la guerra, el ejército ruso de Asia, al mando del general Monravief, ha traspasado la frontera para ir á Zaym, población distante una jornada de Kars. Al paso, una de sus columnas se ha apoderado de Ardagan, de donde salieron las tropas otomanas mandadas por Aslan-baja, al acercarse el enemigo.

En otro punto mas cercano al mar Negro, tropas regulares y milicias de la Mingrelia, conducidas por el príncipe Bragatón, han obligado á los turcos á levantar un campo atrinchado cerca de Leyva y de Otchilmour, retirándose al abrigo de la fortaleza de Tsikhedzir.

Napoleon III, levantándose á la altura de los peligros que ofrece la situación de la Crimea, reunió las cámaras el 2 de julio. El emperador inauguró sus trabajos por un discurso en que esponía el estado de la guerra y de las relaciones de la diplomacia. Como por encanto en muy pocos días las cámaras han dado al emperador por unanimidad todos los medios de proseguir con vigor la guerra. Una ley le ha autorizado para levantar ciento cuarenta mil hombres. Otra ley asegura la garantía de la Francia colectiva con la Inglaterra para un empréstito contraído por la Turquía, y cuyo importe se ha de emplear necesariamente en la guerra. Por otra ley se autoriza al gobierno francés para contratar por su propia cuenta y por una suscripción nacional un empréstito de setecientos cincuenta millones de francos. La nación en masa ha acudido á presentar su dinero: el artista, el obrero, el trabajador, acudia presuroso á colocar sus ahorros en este empréstito, y el gobierno ha tenido que rehusar las cantidades que se le ofrecían, y que constituían el triple de la cantidad que había pedido. Un país con tanto crédito puede aspirar á todo, y consolarse bien de cualquier revés que la suerte pueda proporcionar á sus armas, y de lo que se llama la pérdida de su libertad, tan mal definida y peor aprovechada!!...



En Inglaterra el descontento producido por el desastre del 18 de junio, se ha manifestado por desórdenes públicos. En el seno de la nación inglesa se está elaborando una revolucion social. Ya el 3 de mayo, como hemos manifestado, se dió el primer paso para la futura revolucion, organizando una asociacion para la reforma de la administracion del Estado, declarando que los desastres de la guerra eran debidos á la impericia de los que dirigen el gobierno. Decíamos en nuestro artículo del mes de junio, que el movimiento contra las clases aristocráticas que gobiernan desde muy antiguo la Inglaterra, se organiza, crece, se aumenta, y toma cuerpo de momento en momento. ¡Ay del día, exclamábamos, en que un desastre de las armas inglesas venga á contristar á Londres!

¡El 18 de junio llegó! y la futura revolucion ha dado un paso mas. El descontento popular, tan violentamente manifestado contra la legislacion del domingo, no puede ser atribuido á esta sola causa, es el eco de la exasperacion de los desastres del ejército, es el eco de la irritacion del pueblo contra la incapacidad é impotencia que ha revelado de pronto su gobierno, y el pueblo inglés se vuelve instintivamente contra la clase que le ha gobernado hasta ahora, ataca á la aristocracia precisamente en una cosa que no tiene culpa. Las leyes del domingo son leyes puritanas, leyes metodistas, que la aristocracia dejaba pasar y votaba con indiferencia, porque no la incomodaban, pero cuya iniciativa provenia de las clases medias, y de los obreros acomodados, cuyo ejemplo lo daba el país, no diremos mas libre, sino mas democrático del mundo, los Estados-Unidos!

El domingo 24 de junio mas de veinte mil hombres en los paseos públicos, insultan atacan y hacen bajar de sus carruages á los altos personajes de la aristocracia, gritando con voces amenazadoras: *¡A la iglesia! ¡a la iglesia! ¡fuera el bill del domingo!....*

En este bill, presentado á las cámaras por un lord, se mandaba cerrar en los domingos todas las tiendas despues de las nueve de la mañana. Los domingos sucesivos es repetido el desórden, convirtiéndose en una verdadera revolucion, en que ha corrido la sangre, y no han podido contenerla los constables, cosa muy rara en Inglaterra, donde un simple agente de policia, basta con su baston negro, á disipar las mas tumultuosas reuniones. ¡Tanto prestigio y respeto tenia allí la ley hasta ahora!

La cámara retiró la ley á vista del tumulto, dando una prueba de su pusilanimidad. La revolucion habia conseguido su primer triunfo. Se dió hasta una reparacion á los amotinados, mandándose por el gobierno hacer una investigacion contra la policia que habia sostenido el órden público.

El poder legislativo y el poder ejecutivo que habian abdicado su fuerza ante la intimacion popular, dejando hacer las leyes en la calle, debia ofrecer otra víctima á las exigencias de los enemigos de la aristocracia.

Mr. Bulver propuso en la Cámara de los Comunes, que el gobierno no poseia la confianza del parlamento. El ministerio no ha escapado de una derrota, sino sacrificando al lord Jhon Russell, el antiguo plenipotenciario de Viena, el partidario de la paz, el hombre que parecia indispensable en todas las combinaciones ministeriales. Cada revés, cada dificultad en la guerra de la Crimea, viene á dislocar los poderes y las instituciones de Inglaterra, que princi-

palmente descansan en ficciones convenidas, y de que ya empieza á cansarse el pueblo, escitado por hombres ansiosos del mando.

Francia é Inglaterra acumulan á porfia nuevos refuerzos para las nuevas luchas de cuatro ejércitos reunidos delante de Sebastopol, para derribar el nido del águila del poder ruso!

Esta es hoy la empresa de la Francia, de la Inglaterra, de la Turquía y del Piamonte, no habiendo probabilidad de atraer sobre el terreno de la lucha comun á otras potencias de Europa, en vista del mal éxito de las últimas negociaciones diplomáticas y despues de la declaracion del Austria de no salir de su inmovilidad, cuya resolucion ha confirmado, licenciando una parte de su ejército, no obstante su tratado del 2 de diciembre, burlando así las esperanzas de la Francia y de la Inglaterra, que llegaron á lisonjearse de obtener un día su cooperacion armada y que demasiado comprometidas ya en la lucha de Crimea, no se atreven á reclamar poderosamente, contentándose con que Austria viva *moralmente* en alianza con las potencias occidentales!!

Todo hace creer que aun los ejércitos aliados pasaran otro invierno en las alturas que rodean á Sebastopol, teniendo que sufrir iguales ó mas terribles pruebas que en este año!

El general Menchikoff, decia, despues de la batalla de Alma, que los principales aliados con que él contaba eran los meses de enero, febrero y marzo!!

¡Una espantosa realidad ha justificado sus palabras!

EL CONDE DE FABRAQUER.

## LOS HERMANOS VAN BUCH.

En una ciudad de Alemania, no lejos de las orillas del Rhin, vivian los dos hermanos Van Buch, que pasaban con razon por dos hábiles grabadores. Tenian la costumbre de ir casi todas las noches despues de cenar á casa de un viejo platero, su vecino. Este buen hombre, que se llamaba Tomás Hermans, los recibia en su trastienda al lado de la chimenea, con su gran pipa en la boca. La tertulia que formaban los tres no era muy animada. Los dos hermanos eran de un natural bastante taciturno, y en cuanto al platero, aun cuando tenia los ojos vivos, era muy raro que los trabajos á los cuales se consagraba noche y día no le preocupasen hasta el punto de tenerle distraído, ó hacer que hablase poco.

Una tarde el viejo Hermans se mostró mas alegre que de ordinario.

—¿Qué teneis? le dijeron los dos grabadores.

—Hijos míos, replicó el platero, sale mi hija del convento mañana; se ha terminado su educacion, y me veis, mis dignos amigos y mis queridos vecinos, con un gozo tal, que me dan ganas de bailar sobre la mesa.

Preciso es notar que el bonrado Hermans habia querido siempre á los eclesiásticos tanto como á una peste; pero una vieja hermana que tenia, rica y devota, habia exigido que su sobrina fuese al convento.



—Si, hijos míos, la vereis; ya deseo darla mil besos.

Los grabadores apretáronle la mano afectuosamente, y el resto de la noche se empleó en hablar de la señorita Willemina.

La jarra de cerveza se reemplazó aquel día por una botella de excelente vino, entendiéndose, por supuesto, que los dos hermanos vendrían á comer al día siguiente.

Guardáronse muy bien de faltar á la cita, y al anochecer fueron á casa de su amigo, é inmediatamente se pusieron á la mesa.

Apenas Tomás Hermans había dado unos golpes sobre la mesa, que parecía que iba á romper platos y vasos, para demostrar su buen humor, cuando la jóven con tímido paso vino ruborizada á sentarse entre los dos hermanos.

La comida á despecho de los esfuerzos del platero fue silenciosa. Los grabadores guardaban un continente frío, y no cambiaban entre sí una sola mirada.

Por la noche, cuando se retiraron á su casa, metiéronse en la cama sin decir una palabra, contra su costumbre, que era hablar de los sucesos y el trabajo del día, y aun, como se acostaban en el mismo cuarto, prolongaban la conversacion algunas veces hasta muy avanzada la noche.

Amábanse tiernamente los dos hermanos Van Buch, veíanse en todas partes juntos, en paseo, en las diversiones, y sobre todo, en la caza, que les gustaba mucho. Era, pues, admirable, que tratasen de evitar el hablarse, y aun observando su conducta habian mortificado á su buen vecino; sin embargo, la noche se pasó así. Cada uno de los dos pudo notar que el otro no dormía; iluminaba la luna con su pálido reflejo el cuarto, y á cada momento se agitaban suspirando. Era, pues, evidente que los dos habian recibido al mismo tiempo un profundo golpe; ¡amaban á Willemina!

Siguióse una semana entera, durante la cual ni una sola vez se estrecharon las manos. Cada uno, encorbadó sobre la plancha de acero, no separaba de ella la cabeza un solo instante.

El último día de esta triste semana, el viejo Hermans estaba sentado en la acera enfrente de su hija, y á la puerta de su casa.

—No os habia dicho, mi querido padre, que no veriamos á los dos Van Buchs todas las noches?

—¡Ay! respondió el platero; verdad es que no han venido por acá hace ocho días; ¡esto es muy singular!

—¿Seré yo la causa? dijo Willemina.

A estas palabras, pronunciadas sinceramente, bajó el anciano la cabeza y permaneció largo tiempo sin hablar.

—Oh, mi querida hija! exclamó al fin. Esas monjas te han enseñado sin duda á detestar el amor; pero ¿te han enseñado como se resiste á él? ¡Oh Dios mío!

Por toda respuesta, Willemina meneó sonriendo la cabeza.

—Tu sonrisa es muy dulce, ángel mío, dulce como la miel; quiera Dios que nunca se convierta en lágrimas.

—¡Ay, padre mío! ¿Tan bella me creéis para deber ser tan desgraciada?

En aquel momento presentáronse delante de él los dos grabadores, despues que Willemina se retiró.

—Hemos visto á tu hija, Hermans, y los dos hemos perdido el descanso. Nuestros sueños nos han vendido á uno y á otro. Háblanos francamente ¿quieres á uno de los dos

por yerno? Entonces preguntala á cuál prefiere de los dos, y cualquiera que sea, será ella su muger legítima. Nuestros talleres están llenos de obreros, y son tan numerosos como los tuyos; nuestra parroquia es magnífica; vé, pues, á lo que te decides.

—Tres días os pido, les dijo, ¿es mucho? Estais enamorados, ya lo veo.

—Verdad es, respondieron los dos grabadores; amamos á tu hija, y es preciso no darnos tiempo de amarla sin esperanza acaso de cura.

Por la noche apenas se atrevió la jóven á levantar los ojos; sabia que debía elegir. A la mañana siguiente, el viejo Hermans envió á los dos hermanos una carta concebida en estos términos.

«Mi hija os ha visto á los dos; amará á Tristan como un esposo, y á Enrique como un hermano. ¡Ojalá que esta confesion que le arranco con pena pueda ser recibida por vosotros cual debe serlo! Os aguarda vuestro anciano amigo para estrechar en sus brazos su familia entera.»

Habian convenido entre si estos nobles corazones, que aceptado el uno, callaría y se conformaría el otro. ¡Ay, tales son los pactos que se hacen antes de conocer su destino!... Enrique, que habia tomado la carta del platero para leerla, no pudo acabar: se dejó caer sobre un banco.

Sin embargo, continuaron en vivir juntos en buena armonía. El feliz novio hacia la corte á su pretendida; el mismo Enrique se esforzaba en mostrar alegría, y solo su palidez desmentía la calma que afectaba.

Un día que los dos hermanos se hallaban de caza, detuviéronse en la plazoleta de un bosque, y fatigados del camino tendiéronse sobre el césped.

—Tristan, le dijo Enrique, hace mucho tiempo que callo; me es imposible dejarte casar con la hija del platero.

—Hermano mío, respondió Tristan ¿así cumples con las leyes del honor?

—Sé que falto á estas leyes; pero mirame como estoy; no sé lo que pasa en mí, y sin embargo, la poca sangre que circula por mis venas me consume como el fuego.

—Ya lo veo, respondió Tristan: ¿crees que yo no sufro terribles dolores al verte reducido á ese extremo? ¡Ay! yo pierdo tambien toda mi alegría, pero ¿qué remedio?

—Ninguno, hermano mío, no quiero mas que una cosa, y te suplico me la concedas: no te cases con esa jóven antes que yo me haya muerto.

—¿Muerto? exclamó el otro.

—Si, mi querido Tristan, es preciso, te lo ruego, te lo suplico.

—¿Cómo, hermano mío? Es imposible que mueras así de desesperacion. ¿Quieres que yo prometa una cosa, que mi leal corazón renuncie á ella?

Al decir estas palabras, Tristan miró á su hermano, y vió el silencio de la muerte sobre sus labios.

—Mi querido Enrique, exclamó, antes de dejarte morir te cederé mis derechos: cástate con ella tú, que yo luego me marcharé á los Estados Unidos.

—¿Que me case con ella, exclamó el otro? ¿Me transmites su amor, transmitiéndome tus derechos? Es preciso que uno de los dos muera, añadió con voz sombría. Temblábele la mano, y la apretaba contra el mango del cachillo de caza.

—Sí, respondió Tristan.

—Yo no veo mas que un medio, dijo Enrique.



Sacaron los dos sus cuchillos, y pusieron en guardia. Durante una hora descargáronse furiosos golpes, y de tiempo en tiempo descansaban agobiados de fatiga, y sus costados abiertos con anchas heridas.

Durante una de estas pausas oyeron los tambores advertir á los ciudadanos la hora de cerrar las puertas de la ciudad. Era la hora en que tantas veces habian vuelto juntos, agarrados del brazo, hablabanse entonces, y confiábase sus mas secretos pensamientos; toda su juventud se desarrolló entonces delante de ellos.

Iba á desaparecer el sol; sus últimos rayos se deslizaban entre los descarnados pinos y sobre el suelo cubierto de secas hojas. Los pájaros saludaban la llegada de la noche.

Volvió la cabeza Tristan, y vió á la vuelta los campanarios del pueblo que los habia visto nacer; salir de entre la niebla y estender el rio sobre la pradera sus aguas cual una blanca culebra entre la yerba. Conmoviéronse sus entrañas, dió un paso hácia su hermano alargándole la mano; pero una debilidad mortal se apoderó de su alma, apoyóse

sobre un árbol; sus espaldas se resbalaron sobre la lisa corteza, y cayó.

Contemplaba Enrique con horror los últimos esfuerzos de su hermano por asirse á la vida, y hubiera querido marchar hácia él, pero él mismo no podia moverse; anegado en sangre, de pie é inmóvil se tambaleaba como un hombre borracho.

Estos dos desgraciados habian tenido unamadre que lo habia llevado en un mismo seno, y los habia amado tiernamente. En el fondo del valle, á la luz del crepúsculo, una forma vaga, indecisa, pareció destacarse de pronto y adelantarse hácia ellos. Subia lentamente el camino, y á medida que se aproximaba los hijos reconocieron á su madre. En el momento en que apareció el espectro enteramente visible y palpable, el que estaba de pie, por un esfuerzo extraordinario abandonó el sitio en que se hallaba apoyado, y fué á arrojarle en brazos del que yacia en tierra.

Así los dos, cubiertos de sangre y de lágrimas, espiraron en un último abrazo

## ESTUDIOS ARTÍSTICOS.

### EL SEPULCRO DE SANTA ROSA DE LIMA.

Santa Rosa de Lima es la patrona de todas las Américas.

La turbulenta Lima, aprovechando el claro que la dejan las revoluciones anárquicas que de muchos años vienen destrozando el Perú, celebra con magnificencia sin igual á su santa patrona entregándose con júbilo y ardor á sus diversiones y espectáculos favoritos.

Entre una nube de incienso sobre una litera de flores, al ruido de las campanas, de las musicas y del estruendo de la artillería, circula la procesion por las calles. El entusiasmo no conoce límites, en la plaza de toros, donde las hijas del sol hacen brillar sus ojos, y vierten perlas y rubíes con su graciosa sonrisa. Es en la Iglesia la festividad de Santa Rosa el día 30 de agosto, día en que en Lima, se celebran estas funciones bajo un sol abrasador en medio de nubes de polvo, sobre todo cuando el viento del Sur, tocando con sus alas las ardientes arenas del desierto, pasa en el aire como el aliento de un horno, sintiéndose una irresistible necesidad de descanso y teniendo que buscar el voluptuoso encanto de la sombra, del silencio, y del fresco en los solos sitios en que no faltan jamás, en los conventos de la ciudad.

La iglesia de Santo Domingo pertenece á la órden religiosa mas rica de Lima. Nacionales y extranjeros la visitan en este día. El altar de nuestra Señora del Rosario es una maravilla de este templo. Los metales preciosos se han empleado en su construcción en lugar del mármol y de la madera. Candelabros de plata de seis pies de alto, lámparas pendientes de cadenas macizas, urnas de metal donde se queman preciosas esencias, floreros, ángeles de plata con hachas en la mano, son los ricos accesorios de este altar. En su parte superior en una especie de capilla mística-

riamente iluminada por la media luz que deja pasar un trasparente, aparece la Virgen vestida como una princesa de los cuentos orientales, llena de brocados, de riquísimos encajes, con una corona de brillantes en la cabeza, y en la mano un rosario de perlas del mas bello Oriente. Esta imagen de la Santísima Virgen tiene un vestido particular para cada día del año: pero para el día de la Asuncion despliega todo el lujo de su guardaropa y de su tesoro. Entonces las luces, que pueden contarse por millares, las pastillas de incienso, de aloes, las perfumadas gomas del Perú quemadas sin cesar, llenan el espacio de un vapor, al través del cual parecen tomar fabulosas proporciones aquella plata y aquellas joyas. No es esta la sola maravilla de este templo. Extasiase uno delante de un grupo de mármol blanco de exquisita gracia, colocado en una nave lateral sobre un altar dedicado á Santa Rosa, la única muger que en las colonias Hispano-Americanas ha sido canonizada hasta ahora, no obstante el dicho de Montalvo: *tiene traza el Perú de dar mas santos al cielo, que ha dado plata á la tierra.*

Santa Rosa de Lima se consagró á Dios á la edad de quince años, entrando en un convento de Santo Domingo. Ayunó á pan y agua casi todos los días de su vida. Fué estremado su rigor en la penitencia, llevando en la cabeza una corona de espinas cubierta con la toca y velo del hábito. Murió en 1617. Inocencio X la canonizó en 1671, y el papa Clemente XI en 1701 á ruegos del rey Carlos II, último rey de la dinastía austriaca, la declaró patrona del Perú y protectora de las Indias. Hija de la religion de Santo Domingo, descansa su cuerpo en una iglesia de su órden, en un cofre cincelado de plata adornado de preciosa pedrería.

Vamos á hablar de su magnífico sepulcro. La santa recostada sobre una roca, entreabre sus labios exhalando su último suspiro: su mano derecha caída parece buscar aun el rosario que ha dejado escapar de su mano. Hay á la vez



en ella el éxtasis del ángel y el sueño de la mujer: resplandece su fostro con una doble belleza: la belleza plástica y precisa que determina una adorable pureza de líneas; y la belleza ideal reflejo de todas las divinas perfecciones de una naturaleza tan escepcional. A su lado con las alas abiertas, la cabellera ligeramente levantada por el aire, tocando apenas el pie en el suelo, hay un querubín en una actitud llena de dulce melancolía. Levanta su mano con una vacilación

de su existencia. Las dos han vivido su vida, la vida de las rosas!! Bajo un pliegue de la capucha descompuesta por la mano del ángel, se ve una corona de espinas, que con una crueldad inaudita clavaba mil aceradas puntas en aquella frente delicada, en aquellas sienes esmaltadas con el azul de las venas, pero la expresión de beatitud inefable esparcida en las facciones de la moribunda, demostraban bastante que entreveía ya los cielos. La postura del querubín



piadosa, delicada, tímida, una punta del velo que cubría el rostro de la Virgen. Tanta calma, tanta serenidad, parecen engañarle al mismo, y desconociendo á la muerte, titubea en guiar hacia Dios la hermosa alma que vuela de aquel cuerpo. Sobre una aspereza de la roca y á la altura del rostro, yace tronchado un ramo donde se abre una rosa irrepreensible. El alma inmaculada de la Santa y el dulce perfume de la flor, suben juntos al cielo, al medio día

es un poco amanerada: tan graciosa es. Este grupo encantador obra maestra del arte, es debido al cincel de un escultor italiano llamado Mazza, discípulo del inmortal Bernini.

Ni el tiempo, ni las revueltas políticas, han disminuido en la América y en España el afecto á esta santa, cuyo nombre es tan gracioso y poético como inocente y santa fué su vida!...